X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Los ausentes de 'La noche de los lápices': memoria y testimonio de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención en la Argentina postdictatorial.

Marcos Tolentino.

Cita:

Marcos Tolentino (2013). *Los ausentes de 'La noche de los lápices': memoria y testimonio de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención en la Argentina postdictatorial. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-038/12

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/erfU/M0n

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos y políticos para el siglo XXI.

Mesa 1: Memorias y representaciones del pasado reciente.

Los ausentes de "La Noche de los Lápices": memoria y testimonio de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención en la Argentina post-dictatorial.

Marcos Tolentino[1]

La desaparición forzada de personas se convirtió en uno de los principales legados de la más reciente dictadura cívico-militar en la Argentina (1976-1983). El desaparecido es aquél sobre lo cual no conocemos lo que le pasó después del secuestro y el pasaje por uno de los 500 centros clandestinos de detención que funcionaron en el país, entre los años de 1975 y 1983. Debido a los límites que la desaparición puso sobre su representación, muchos de los desaparecidos son recuperados apenas como parte de los 30.000, número simbólico defendido por el movimiento argentino de derechos humanos (Da SILVA CATELA, 2001: 86-88). Por otro lado, también *fueron* desaparecidos los 1.600 hombres y mujeres que *reaparecieron* al ser liberados (*Clarín*, 11.12.03). Sin embargo, la historia de esos individuos también parece interrumpirse una vez lograda la libertad: poco sabemos de las estrategias utilizadas para reconstruir sus vidas y para incorporar la experiencia de la desaparición a su historia personal.

En los últimos años notamos en las políticas de memoria de Argentina la recuperación de otros perfiles de víctimas de la represión dictatorial, movimiento al cual vienen acompañando los estudios acerca de la más reciente dictadura. Inicialmente, esos estudios tenían en sus análisis la centralidad de la figura del desaparecido, tanto por haber sido el catalizador de las políticas oficiales en la democracia cuanto por ser una experiencia inédita en la historia del país (CALVEIRO, 1998; Da SILVA CATELA, 2001; GONZÁLEZ BOMBAL, 1995; FORSTER, 1997; KAUFMAN, 1997). Actualmente, hay una vasta bibliografía que recupera los efectos de la dictadura sobre la trayectoria de exiliados (JENSEN, 2007; FRANCO, 2008; YANKELEVICH, 2010; QUADRAT, 2011), presos políticos (GARAÑO, 2008), y combatientes de la guerra de Malvinas (LORENZ, 2006). Pero todavía son escasas las investigaciones empíricas sobre lo que significó ser un sobreviviente de los centros clandestinos de detención en la Argentina post-dictatorial.

Así, la autora Ana Longoni apunta que la biografía de un sobreviviente es la de un antes y un después de la desaparición: una identidad a ser reconstruida arrasada pela situación-límite del centro clandestino. Luego, de ese mundo atroz, de contornos y límites inimaginables, el individuo se vuelve otro, y ya no mira el mundo de la misma manera. Además, sólo a través de su memoria es posible acercarse a los destalles que constituyeron la desaparición, convirtiéndose así en testigo, "portavoz de una pesadilla". Pero, en él se

[1] Alumno de Doctorado en Historia en la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP). Este trabajo es parte de mi Tesis de Maestría "O 16 de setembro sob a ótica da DIPBA – *Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires* (1990-1996)" presentada en Agosto de 2012 en la UNICAMP. Correo electrónico: marcosoat@hotmail.com.

condensaría aun la memoria del yo político, del militante, activista, guerrillero, combatiente apresado, torturado, caído pero no asesinado. Luego la autora apunta que esa doble valía (testigo del terror/sujeto de la militancia política) sería responsable por las polémicas en torno a los sobrevivientes (LONGONI, 2007: 19-22).

Emilio Crenzel subraya que uno de los trazos de la condición particular de los sobrevivientes de la dictadura, respecto de sus pares de otros procesos, es la incredulidad que suscitaron sus relatos. En Argentina, la mayoría de sobrevivientes fueron liberados por sus propios captores y tuvieron que enfrentar no sólo las huellas del horror en sus cuerpos y mientes, sino también la estigmatización del discurso militar -eran los subversivos contra los cuales se libraron las políticas represivas; el rechazo de una sociedad que en muchos momentos no pudo o no quiso escucharlos; y la sospecha del resto de los denunciantes, militantes por los derechos humanos, por el carácter clandestino de la represión, y el heterogéneo conocimiento entre aquellos que la denuncian (CRENZEL, 2008: 44).

Esta situación según Ludmila da Silva Catela se extendió hasta la democracia: a los sobrevivientes se les puso un estigma social que suele generar interpretaciones ambiguas acerca de su situación, marcados por la sospecha de que *por algo será* que habrá sobrevivido. Sus relatos pueden traer asuntos sobre los cuales sería mejor no hablar más: de un lado, la deshumanización en los centros clandestinos, y las respuestas individuales a ella; del otro, la lucha armada y la militancia de los años setenta. Por eso concluye que en Argentina todavía no hay una disposición social para escucharlos, como si toda información que tendrían para brindar ya hubiera sido leída en las páginas del *Nunca Más* o escuchada en sus testimonios judiciales (Da SILVA CATELA, 2001: 373).

Una de las polémicas en torno de los sobrevivientes es la cuestión de sus vinculaciones políticas previas a la desaparición. En su gran mayoría los desaparecidos eran individuos que militaban en organizaciones de izquierda revolucionaria, sean ellas armadas o no, así como activistas sindicales, estudiantiles y militantes sociales, con diferentes vínculos con las mismas organizaciones (AGUILA, 2008: 69). Tales vinculaciones generaron conflictos fruto de las transformaciones individuales durante la detención (OLLIER, 2009: 146-164), de la sospecha de que hubieran colaborado con las fuerzas represivas, y de la dificultad de la izquierda de incorporar la derrota de sus proyectos en manos de la dictadura (LONGONI, 2007: 43-44).

La memoria de la dictadura que se tornó hegemónica en la democracia recuperó a su generación como “víctimas”, lo que implicó poner el énfasis sobre la violación y el sufrimiento, ante que sobre su compromiso político. En las políticas de memoria adoptadas por el gobierno de Raul Alfonsín, responsables por crear un marco interpretativo a partir del cual se significó la experiencia dictatorial, el objetivo fue probar los crímenes de la dictadura, lo que resultó en una exclusión de cualquier referencia a ideologías y compromisos políticos de las víctimas. Así, según Hugo Vezzetti, recuperar un papel combatiente les resultarían a los sobrevivientes el silenciamiento y las debidas medidas legales por ese reconocimiento (VEZZETTI, 2002). Más que víctimas, tendrían que ser “víctimas inocentes”, luego: “La lucha armada era harina de otra costa, y quedaba en silencio (JELIN, 2010: 77).

Para Alejandra Oberti esa significación generó sombras sobre las memorias de la dictadura, sobre todo en las narrativas personales de los militantes que participaron de las organizaciones político-militares con diversos grados de compromiso. Fue solamente a partir de la segunda mitad de los ’90 que tal militancia pasó a ser objeto de discusión pública, circulando relatos en que los sobrevivientes revalorizaban y preguntaban sobre su propia experiencia, incluso los proyectos a los cuales se comprometieron (OBERTI, 2006).

A partir de lo que fue dicho, el objetivo de nuestro trabajo es analizar cuales relatos circularon en los circuitos de la memoria de la más reciente dictadura acerca del episodio conocido como “la noche de los lápices”. Para esto, recurriremos a testimonios y declaraciones públicas de sobrevivientes vinculados a ese episodio que todavía buscan el reconocimiento público de su experiencia.

La elección de un episodio que hizo parte de la formación de una memoria política en democracia, y que se tornó un emblema de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura (VEZZETTI, 2009: 111), nos plantea la cuestión sobre cómo los sobrevivientes se relacionan con esa notoriedad. Sobre todo, a qué puntos del relato consagrado se vuelven sus cuestionamientos. Durante los primeros años de la democracia, los testimonios de un sobreviviente a la CONADEP y durante el Juicio a las Juntas, y la posterior producción de un libro y de una película, consagraron una versión de los hechos según la cual siete estudiantes secundarios fueron secuestrados en La Plata, en la noche del 16 de septiembre del ’76, por haber luchado en el año anterior por el boleto estudiantil secundario. Consecuentemente los cuatro sobrevivientes con los cuales trabajaremos fueron excluidos de una historia que también era suya, tanto por el número de víctimas del operativo, cuanto por el reconocimiento de que *sólo* hubo un sobreviviente: Pablo Díaz.

En trabajos anteriores acerca del episodio de “la noche de los lápices”, el testimonio de Pablo Díaz ha sido analizado detalladamente (LORENZ, 2007; RAGGIO, 2005, 2009, 2010). Luego, optamos por centrarla a nuestra exposición en la trayectoria de “los otros rostros de la noche de los lápices” -Emilce Moler, Gustavo Calotti, Alicia Carminatti y Patricia Miranda- justificando los marcos a partir de los cuales los inserimos en esa categoría. La variedad de locales de enunciación de esos testimonios (justicia, prensa, documentales, archivo oral) es un demostrativo que a lo largo de la democracia los sobrevivientes encontraron distintos canales para transmitir su experiencia. En el caso específico de *nuestros* sobrevivientes, la aproximación de la conmemoración del 16 de septiembre, fecha en la cual se homenajean a los estudiantes desaparecidos, o de alguna causa judicial en el cual “la noche de los lápices” es citado como caso análogo, resultan en su mayor atención pública en los medios de comunicación.

Por último debemos tener en cuenta la historicidad de esos testimonios y el hecho de que la mayoría de ellos fueron producidos a partir de los años 2000. Si por un lado eso demuestra la centralidad que los sobrevivientes pasaron a ocupar en los espacios públicos argentinos, sobre todo a partir del 2004 (JELIN, 2010); por otro, en relación al episodio que discutimos, apunta que la versión consagrada en los primeros años de la democracia ya no parece ser satisfactoria, tanto para los directa o indirectamente vinculados al episodio, cuanto a aquellos que buscan pensar sobre las condiciones de producción de

las desapariciones durante la dictadura (VEZZETTI, 2009: 112). En ese sentido, en el 2001 Jorge Falcone, hermano de María Claudia Falcone, lanzó un libro en lo cual apunta que su hermana era una militante armada que incluso resistió a su detención (FALCONE, 2006: 82-84). Y en los años siguientes fueron producidos los dos documentales a los cuales recurrimos, *Los Irrecuperables* (2006) y *El boleto fue secundario* (2009), iniciativas de otros actores sociales que buscaron nuevas formas de narrar una historia que les fuera transmitida, y que se encontraba consagrada en su memoria.

La ex detenida-desaparecida

El 17 de septiembre de 1996, *La Nación* publicó un reportaje acerca de la marcha ocurrida en Buenos Aires en conmemoración al vigésimo aniversario del episodio conocido como "la noche de los lápices". Lo que llamó nuestra atención en esta materia es que, más que cubrir la marcha, el periódico destaca a sus lectores la presencia de un rostro en la multitud hasta entonces desconocido: Emilce Moler, "la sobreviviente desconocida de la noche de los lápices". Ella, junto a Pablo Díaz y a "otra estudiante que, tras ser liberada, emigró a Europa" serían las *tres personas* que sobrevivieron a la trágica represión a estudiantes en La Plata (*La Nación*, 17.09.1996).

Sin embargo, no se trató de la primera vez que encontramos en nuestra investigación el nombre de Emilce Moler citado como entre los sobrevivientes. En la tercera parte del libro de María Seoane y Hector Ruiz Nuñez, en la cual los autores narran las acciones por memoria y justicia emprendidas por los familiares de los estudiantes desaparecidos, y por Pablo Díaz, ya en su condición de sobreviviente, Emilce Moler es presentada como una "ausente". Según los autores, ella había cursado el bachillerato en el Colegio de Bellas Artes, participado en la movilización por el boleto secundario en 1975, e integrado un equipo de trabajo junto con María Claudia Falcone y Francisco López Muntaner. Luego, en la madrugada del 17 de septiembre de 1976 fue secuestrada en su casa por el mismo operativo que secuestró a los otros chicos, y estuvo detenida junto a ellos en el Pozo de Arana hasta que fuera trasladada a la Brigada de Investigaciones de Quilmes, mientras los demás fueron trasladados al Pozo de Banfield. Su citación como una de las víctimas de "la noche de los lápices" es atestada por los testimonios en el Juicio a las Juntas de Pablo Díaz, y de Nora Ungaro, según la cual Emilce Moler le había contado que estaba con su hermano, Horacio, hasta que los separaron en el traslado.

Al hacer un recorrido por las denuncias hechas por los familiares de los desaparecidos a los organismos de derechos humanos en Argentina durante la dictadura, Sandra Raggio apunta que el nombre de Emilce Moler ya era vinculado al caso de los estudiantes desaparecidos el 16 de septiembre. Así, en el archivo del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), la investigadora encontró una declaración de Nelva Falcone que la menciona como una compañera de colegio de María Claudia, secuestrada en la misma noche, y que sería testigo de la detención de su hija (RAGGIO, 2005: p. 108).

Aunque fuera ya reconocida y mencionada en otros testimonios, Emilce Moler sería para los autores una "ausente" pues todavía no había tornado público el suyo. En una conversación telefónica del 18 de junio de 1986 citada en el libro, ella habría dicho que no podría asumir públicamente lo que le

sucedió, incluso dudando de la serventía de hacerlo. Para los autores, el hecho de su padre, Oscar Moler, ser un policía retirado de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, y haber retomado contacto con sus viejos colegas para garantizar la liberación de su hija, explicaría su silencio. Luego, hacen un juicio moral acerca de la decisión de Emilce Moler al afirmar que su declaración durante el Juicio hubiera sido decisiva para probar algo que la Cámara Federal no admitió en su fallo: "que todos los chicos fueron salvajemente torturados." (NUÑEZ & SEOANE, 2011: 221-224).

Por otro lado, los testimonios de Emilce Moler utilizados en nuestra investigación apuntan para otra versión: en el momento de la producción del libro, su historia ya se había tornado publica tanto por el hecho de Pablo Díaz haber mencionado su nombre entre los estudiantes de "la noche de los lápices", cuanto por su participación en la Causa Camps, en curso durante el año de 1986. Pero al entrar en conflicto con los autores acerca de los criterios adoptados en su trabajo, no fue incluida como uno de los personajes de "la noche de los lápices", determinante para su exclusión del relato consagrado.

Después de casi dos años de detención, pasando por los centros clandestinos Arana, Brigada de Investigación de Quilmes y Comisaría 3ª de Valentín Alsina, y por la cárcel de Villa Devoto, al ser liberada, Emilce Moler y su familia se vieron forzados a cambiarse para Mar del Plata. Por haber sido considerada una "irrecuperable" en Devoto, a sus padres les aconsejaron que ella no volviera a La Plata, donde encontraría dificultades para volver a estudiar y a trabajar. Por un año estuvo en libertad vigilada, lo que significó presentarse semanalmente en una comisaría de la ciudad, además de restricciones para hacer actividades colectivas o alejarse de la zona. Recuerda que cuando estuvo "afuera" no temía que las fuerzas de seguridad volvieran a secuestrarle, sino lo que tenía era terror de violar las reglas que le habían prescripto (*Página/12*, 21.09.01). Para Emilce Moler, ese fue un período de contradicción, pues mientras intentaba "reconstruir su vida', tenía todos esos límites, además de convivir con la ausencia de sus amigos, "afectos de la adolescencia" que ya no estaban más (Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler*, Buenos Aires, 2006), y mantener el silencio de haber sido una desaparecida. Con su familia, al principio hablaba muy poco: su madre, "muy antiperonista", nunca entendió lo que le sucedió, y siempre vivió con mucha vergüenza toda la historia, sobre todo cuando fue marginada por su entorno social por tener una hija desaparecida (*Página/12*, 21.09.01); su padre convivía con la culpa de no haber podido protegerla en el momento de su detención como lo creía por ser un policía retirado (Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler*, Buenos Aires, 2006).

A partir del '82, ella empezó a participar de las marchas organizadas por los organismos de derechos humanos de Mar del Plata, y a los pocos a reconstruir una "red de afectos" al relacionarse con personas con las cuales compartía historias en común, algún desaparecido o preso que conocían, algo de su militancia en el movimiento estudiantil secundario. Llegada la democracia, ella se acercó a los abogados de La Plata para participar del Juicio a las Juntas, pero ellos le plantearon que preferían dejarla a ella y a su padre como testigos de la Causa Camps (Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler*, Buenos Aires, 2006). Luego, al contrario de lo que afirman los autores del libro, Emilce Moler apunta que: "En las juntas no fue que no quise declarar ni que hice un pacto de silencio, sino que a mi testimonio lo pasaron a otro

Juicio, y declaré en el año 1986 contra Camps" (*El boleto fue secundario*, 2009).

Aunque no haya contado públicamente su historia en el marco del Juicio a las Juntas, el hecho de Pablo Díaz haberle mencionado en su testimonio tornó su experiencia materia de conocimiento público. A eso Emilce Moler vivió como una "especie de invasión", pues ya no dependía más de su relato para que su historia fuera reconocida (*Página/12*, 21.09.01), quitándole así la primacía de testigo, y la impronta del proceso subjetivo de significar su experiencia e incorporarla a un relato personal.

Además tal mención resultó en un acercamiento de María Seoane y Héctor Ruiz Nuñez para participar del libro, y Emilce Moler aceptó escribir un capítulo donde iba a narrar los hechos a partir de su punto de vista. Sin embargo, ese capítulo no entró a la edición final del libro, pues hubo discusiones con los autores sobre lo que ellos iban o no a contar, sobre todo acerca de la militancia en una agrupación estudiantil y sus vínculos con los *Montoneros*. Luego, para Emilce Moler, su exclusión del relato consagrado en torno de "la noche de los lápices" sería fruto de tales conflictos. Luego, en sus testimonios, suele cuestionar más al libro que a la película, por el hecho de la obra "presentarse como real", por colocarla como una "ausente" que prefirió no hablar y por hacer de Pablo Díaz el "único sobreviviente" (*El boleto fue secundario*, 2009).

En el desarrollo de nuestra investigación, no encontramos ninguna citación sobre Emilce Moler hasta su participación en la marcha en conmemoración a los veinte años de "la noche de los lápices". De acuerdo con Elizabeth Jelin, más que fechas de protesta, las conmemoraciones de episodios relacionados a la más reciente dictadura cívico-militar argentina son momentos en que se forman espacios públicos abiertos para la activación y producción de memorias y discursos sobre el pasado (JELIN, 2002b). En ese sentido, la conmemoración del '96 para Emilce Moler cobró una importancia para que ella saliera de lo que le parecía una desaparición (*El monitor*, s/f), pues no se veía integrada a una historia que también era suya. A partir de entonces contó su experiencia de detención reiteradamente, sea en los procesos judiciales que se iniciaron en la Argentina – Juicios por la Verdad (1999), causa Etchecolatz (2006), causa Circuito Camps (2011) – o en el exterior – España (1998).

En sus testimonios notamos que pasó a reivindicar una legitimidad para su relato basado en el hecho de haber compartido experiencias con los que desaparecieron. A Horacio Ungaro apunta que eran grandes amigos, lo conocía desde los trece años, y se reencontraron militando los dos en la UES (*Página/12*, 16.09.06). Recupera principalmente el hecho de hacer parte de la misma célula de la UES en *Bellas Artes* que María Claudia Falcone y María Clara Ciocchini, al punto de tener juntas citas de seguridad con el mismo responsable. Tristemente los momentos juntos no se restringieron al "afuera" de los centros: a Horacio lo torturaron junto a ella, y con María Claudia y María Clara compartieron la misma celda en Arana. Luego, afirma:

> Porque no soy de "la noche de los lápices", digo yo me corro, no tengo problema, pero cuando relatan y hablan de Horacio Ungaro desaparecido que estuvo conmigo entonces es como una parte muy fuerte que creo que no me corresponde cederla porque es parte de la historia. Y que sí que puedo aportar

> detalles y creo que eso fui aprendiendo bastante de los sobrevivientes, tenemos eso, además de nuestra militancia, somos lo que pueden contarles de adentro, ¿no? Y no es poca cosa el legado que uno tiene. Si no lo contamos nosotros no se puede contar nadie. Y como estaba Horacio, Claudia y María Clara, soy yo la que puedo contar (Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler*, Buenos Aires, 2006).

Por otro lado, demuestran que se trató de un proceso marcado por tensiones, pues muchas de las cosas que pasó a decir públicamente fueron para contrarrestar la versión difundida. En ese sentido, Emilce Moler suele defender que su detención no se debió sólo a la lucha por el boleto estudiantil en el ’75. Según su versión, ella no había participado mucho de esa lucha, pues su compromiso con la UES era reciente, realizando apenas actividades periféricas, incluso alega que era “una de las últimas de la marcha” (Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler*, Buenos Aires, 2006). Además, agrega que no secuestraron a miles de estudiantes que participaron de la marcha, sino a un grupo que tenía vinculaciones con agrupaciones políticas, y proyectos políticos propios, a pesar de la escasa edad (*Página/12*, 15.09.98).

Por consiguiente se coloca el dilema sobre cómo tornar públicos sus cuestionamientos personales sin darles argumentos a aquellos que cuestionan la veracidad de las narrativas acerca de las desapariciones y de las violaciones a los derechos humanos cometidos en la última dictadura: “No se puede salir a decir todo esto es mentira porque le damos pie al enemigo y podrían llegar a decir que no es verdad lo de los desaparecidos.” (*El boleto fue secundario*, 2009).

Más que “una sobreviviente de la noche de los lápices”, Emilce Moler se presenta públicamente como una “ex detenida-desaparecida”. Su inserción en el movimiento argentino por los derechos humanos, tanto en los organismos nacionales cuanto en los internacionales, y sus objetivos personales de buscar justicia y esclarecimiento no son apenas para su caso, sería un esfuerzo de “no ser solo sobreviviente” (*El Monitor*, s/f.). Sobre todo para no ser considerada una sobreviviente notoria, cuyo secuestro emblemático solaparía la experiencia de otros sobrevivientes y desaparecidos:

> A mí me hubiese gustado que el hecho no tenga tanta notoriedad. Me asumo como una ex detenida más, dentro del contexto en el que ocurría, sin la repercusión que finalmente tuvo. Sí sacamos el hecho de La Plata, hay muchos jóvenes y adolescentes que pasaron por lo mismo en otras partes del país que ni siquiera tienen sus fechas. Pero, después que se hizo el libro y demás, no puedo correrme de esa historia (*El boleto fue secundario*, 2009).

El exiliado

El 08 de agosto de 1985, en la sede de la Embajada argentina en Francia, Gustavo Calotti brindó su primer testimonio acerca de su desaparición. El 08 de septiembre de 1976, trabajaba en una jefatura de la Policía de la Provincia en Buenos Aires, en La Plata, cuando fue llamado por el jefe de Tesorería para concurrir a su despacho. Era una trampa: en esa noche, a los 17 años, Gustavo Calotti fue secuestrado y llevado envuelto en una frazada al

centro clandestino de detención Pozo de Arana. Durante los 15 días que permaneció en Arana, él fue sometido a 10 días de interrogatorio, sometido a torturas intensas por ser considerado un traidor que entregaba informaciones de la policía a "bandas terroristas". Siempre le preguntaban sobre sus actividades en el Colegio Nacional de La Plata, donde estudiaba desde el '72, y era conocido como "El Francés" por haber participado en el '75 de la Coordinación de Estudiantes Secundarios de La Plata como representante del Nacional. En Arana, a pesar de tener los ojos siempre vendados, reconoció a otros estudiantes secundarios como Victor Treviño, María Claudia Falcone, Emilce Moler, Horacio Ungaro, Claudio de Acha, Francisco López Muntaner, y supo que allí también estuvo Patricia Miranda (Juicio a las Juntas, *Testimonio de Gustavo Atilio Calotti*, 08.08.1985).

A partir de ese testimonio, el caso de Gustavo Calotti pasó a ser vinculado judicialmente al de los otros chicos de "la noche de los lápices", sirviendo como prueba de su detención. En la sentencia dictada el 09 de diciembre de 1985 por la Cámara Federal de Apelaciones, por ejemplo, el tribunal dictaminó particularmente sobre los secuestros, torturas y "presuntos asesinatos" de los siete adolescentes. En esos fallos, con excepción de los de María Clara Ciocchini y Francisco López Muntaner, su testimonio es citado por haber compartido el cautiverio con ellos, algunos de los cuales tuvo la oportunidad de hablar o supo que allí estaban (NUÑEZ & SEONAE, 2011: 247-267).

Sin embargo, en los primeros años de la democracia Gustavo Calotti no fue reconocido como uno de los sobrevivientes de "la noche de los lápices". Eso apenas ocurrió el julio de 1998, cuando él hizo su testimonio ante el juez Baltasar Garzón en Madrid, y pasó a ser presentado en los medios como "uno de los cuatros sobrevivientes de aquella matanza" (*La Nación*, 11.09.98), más específicamente "el único que se exilió" (*El Día,* 05.01.13).

En su testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Gustavo Calotti cuenta que al ser liberado de la Unidad 9 de La Plata, el 25 de junio de 1979, no tenía planes de salir del país. Después que confirmó sus sospechas de que seguía siendo vigilado por las fuerzas de seguridad, decidió cruzar la frontera a Brasil en coche, y se fue a San Paulo. Allá el Alto Comisariado de las Naciones Unidas por Refugiados (ACNUR) tomó su caso y le dio el salvo conducto para irse a Francia. En un primero momento, el exilio le pareció "una prolongación de lo que pasó antes", pues se instauró entre la comunidad de exiliados argentinos las sospechas de que habría participado de actividades de espionaje en la Unidad 9 de La Plata. A pesar de ese reproche inicial, con el pasar del tiempo logró reinsertarse laboralmente, e ingresar a una universidad, donde se tornó maestro de Educación Francesa, profesión que ejerce aun hoy en la ciudad de Grenoble (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, Buenos Aires, 2006).

Según Gustavo Calotti, sus estudios en Francia fueron importantes para volver a tener contacto con la Argentina, en el momento de la transición democrática, y para dimensionar lo que fue la práctica de las desapariciones. En el '84, al desarrollar un trabajo de Master con el tema de los desaparecidos, precisó de algunos casos concretos, y estableció contacto con algunas Madres de Plaza de Mayo de La Plata, que le mandaron documentación legal e informaciones sobre sus hijos. Para él, ese trabajo le permitió dimensionar el alcance de la represión en la Argentina y comprender los efectos sociales y

culturales de la desaparición (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, Buenos Aires, 2006).

Aun así, en el marco de las investigaciones emprendidas por el gobierno Alfonsín, Gustavo Calotti resistió en presentarse a la embajada argentina en Francia, pues creía que su vida estaba tranquila, no quería exponer a su familia en Argentina de nuevo, y no estaba seguro si los militares realmente se habían ido del poder. Apenas cambió de idea cuando fue citado a declarar por exhorto diplomático en la causa contra los comandantes militares de las tres Juntas. No obstante, apunta que vivió ese momento con el dilema sobre qué hacer, si debería testimoniar o no (*El boleto fue secundario*, 2009), situación que sería común entre los exiliados en Francia:

> Bueno, cuando me llega la carta para declarar, yo voy (…) estaba todo asentado legalmente, ¿no? Pero, ¿vos sabéis cuántos de los miles refugiados que hubo en Francia, cuántos declaramos en el juicio a los comandantes? (…) Éramos miles. Solamente en la ciudad de Grenoble éramos 600 argentinos, y 3 declaramos (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, Buenos Aires, 2006).

A partir de su primer testimonio, Gustavo Calotti apunta que asumió para si el compromiso con la memoria, para que su experiencia sirva de ejemplo y de legado para otras generaciones (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, Buenos Aires, 2006). Pero mientras en Francia no suele contar su historia a nadie; salvo sea convocado por un juez, busca viajar a Argentina para recobrar su papel como testigo (*El Día*, 05.01.13). Y es en esos viajes que públicamente vuelve a tornarse un sobreviviente de “la noche de los lápices”.

Para Gustavo Calotti, el hecho de haber sido secuestrado días antes que los otros chicos no le excluiría de esa historia: “Yo siempre digo que no hubo una noche sino muchas, y que no fueron seis los desaparecidos sino muchos más. Y que también sobrevivimos muchos otros. (*El Día*, 05.01.13). Así, al hablar de su desaparición la inserta en un ciclo de represión a los estudiantes secundarios iniciada antes del mes de septiembre del 1976, y que se siguió durante la dictadura, resultando sólo en la ciudad de La Plata en “aproximadamente 400 o 500 menores que están desaparecidos” (*El boleto fue secundario*, 2009).

Esa recuperación se relaciona a una reivindicación de que su desaparición y la de los otros chicos de “la noche de los lápices” no sean explicadas apenas a partir de la lucha por el boleto estudiantil secundario. Gustavo Calotti apunta que esa lucha cobró una significación real en el histórico de movilizaciones del movimiento estudiantil secundario antes de la dictadura, pues ocurrió en un cuadro de desmovilización, resultado de la creciente represión en las calles y en las escuelas, y del desprestigio de los partidos políticos entre los jóvenes. Luego, les ocurrió a los delegados de los colegios de La Plata organizar la lucha por el boleto, importante para volver a movilizar a los secundarios por un reclamo material, que todos apoyarían (*Los irrecuperables*, 2006). Por otro lado, en el marco de la dictadura y de la represión al movimiento estudiantil secundario, sería un hecho menor caso comparado con la acción política y social que esos estudiantes llevaban a cabo desde el ’72, la cual los dejó expuestos cuando los partidos a los cuales

respondían partieron para la clandestinidad, una referencia clara a la relación entre la UES y Montoneros (*El boleto fue secundario*, 2009).

En ese sentido, después de un proceso de distanciamiento del peronismo, Gustavo Calotti no se encontraba más militando en la UES o en el Nacional de La Plata en el momento de su secuestro. Después del golpe, pasó a colaborar con el ERP, brindándoles material o información que podría sustraer de su local de trabajo. Lo que a primera vista parece haber sido una decisión suicida, para Gustavo Calotti, no fue ese acercamiento lo decisivo para que se tornara un blanco de la represión, sino su histórico de militancia estudiantil:

> Lo más lógico hubiera sido que yo dijera "bueno, no es un momento apropiado". Lo que se no hubiese significado más tarde que yo cayera preso, pues yo estoy seguro que en algún momento, que tuviese o no militancia en ese momento, el hecho de haber la tenido iba a ser que me detuvieran o me chuparan. (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, Buenos Aires, 2006).

A sus compañeros de detención en Arana, Gustavo Calotti los recupera en sus testimonios como "militantes políticos", que a la diferencia de los otros estudiantes secundarios, cuyo rol principal era estudiar o tener las prácticas hoy vistas como "normales" para su edad, hicieron la opción por militar (*Los irrecuperables*, 2006). Así, reivindica a su generación no sólo la posición de "víctimas" sino de "oposición" y "cambio" (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, Buenos Aires, 2006).

La víctima casual

En nuestra busca por la base de datos del Archivo Oral de Memoria Abierta por testimonios de individuos relacionados a "la noche de los lápices" nos cruzamos con el de Alicia Carminatti.

Hasta entonces no habríamos considerado sus vínculos con el episodio. Por un lado, su nombre nunca había sido citado entre los jóvenes secuestrados en el marco de ese operativo. Por otro, en sus testimonios que encontramos en los medios, ella nunca reivindicaba una versión propia que de ese episodio específico.

De acuerdo con Sandra Raggio, a menos de un mes de la estrena de la película dirigida por Héctor Oliveira, en el '86, Alicia Carminatti daba su testimonio en Australia, país donde vivía desde el '83, de sus padecimientos en los centros clandestinos Pozo de Arana y Pozo de Banfield. Sobre este último, ella pudo atestar la presencia de los chicos de "la noche de los lápices", refiriéndose a ellos como "un grupo apolítico de estudiantes secundarios:

> (...) deseo señalar que el número de detenidos era de aproximadamente, en diciembre de 1976, más de cien personas en el área en que me encontraba detenida y, además, decir que fortuitamente y junto a mi padre fuimos dejados en libertad, sin saber qué cargos se nos atribuían ya que no teníamos ninguna filiación política ni religiosa, como así también muchas personas detenidas en ese momento eran

> apolíticas, como por ejemplo un grupo de estudiantes secundarios que pedían reducción en el precio del boleto de transporte (RAGGIO, 2006: 32).

Pudimos percibir dos similitudes en su relato. La primera, con el testimonio que su padre había brindado en el Juicio a las Juntas, el 10 de mayo de 1985. En su testimonio, Alberto Carminatti no sólo atestó el pasaje de los estudiantes desaparecidos por el Pozo de Banfield, como también afirmó que no pudo detectar ningún trazo de politización en sus actitudes o conversaciones:

> Ninguno de ellos, es decir de ese grupo, yo pude detectar por las conversaciones, por el lenguaje utilizado de que estuvieran politizados o hubieran estado en contacto con ideologías extrañas, porque el lenguaje no se puede esconder, menos cuando se es tan joven. Hay palabras, giros, y además que a mí entender determinan a que ideología puede tener alguien, si estás o no doctrinado de derecha, de izquierda o radical. Hay palabras, formas de decir, que me dan la pauta. Estos chicos ningunos de ellos tenía realmente a mi entender militancia política (Juicio a las Juntas, *Testimonio de Alberto Carminatti*, 10.05.85).

La segunda, con la versión que fuera difundida por el testimonio de Pablo Díaz, por el libro y por la película, según la cual la única actividad política de los desaparecidos fuera la lucha por el boleto estudiantil. Encontramos una hipótesis para tal apropiación a partir de su testimonio en Memoria Abierta: según Alicia Carminatti, tanto la película cuanto el libro le llevaron a Australia María Isabel Chorobik de Mariani, la “Chincha Mariani”, en eso momento presidenta de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo. “Chincha” le regaló los dos y le habría dicho: “te traigo el libro este, es el libro de “la noche de los lápices”, tómalo con pinzas, te lo traigo porque es también la historia de ustedes” (Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006).

A Alicia Carminatti le secuestraron cuando tenía 20 años, junto a su padre, en la casa de una tía, el 21 de septiembre del ‘76. Luego, si no tenía el mismo perfil de edad de los chicos secuestrados en el operativo de “la noche de los lápices”, menores de edad, estudiantes secundarios; y si su secuestro ocurriera posteriormente a los suyos; ¿cómo podríamos entender que esa también era su historia?

Hasta asistir a su testimonio en Memoria Abierta”, encontrábamos su historia citada en los medios vinculado a la desaparición de la pareja María Estela Montesano de Ogando y Jorge Ogando, y de su hijo, Martín, nascido en cautiverio y adoptado ilegalmente. Así en un Informe de Prensa de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Plata, acerca de su testimonio en el Juicio por la Verdad desarrollado el 12 de noviembre de 2003, ella fue citada a testimoniar por haber sido la única sobreviviente que declaró haberlos visto con vida después de su secuestro (*Informe de Prensa de la APDH La Plata*, 12.11.03). No es un dato menor que la grabación de su testimonio al Memoria Abierta haya ocurrido en la casa de Virginia Ogando, la otra hija de la pareja, y que Alicia Carminatti tenga dado énfasis a su compromiso personal en

la lucha por la restitución de la identidad de Martín, que todavía continua desaparecido.

Por otro lado, en ese mismo testimonio, ella cuestiona el relato acerca de "la noche de los lápices", sobre todo la legitimidad de Pablo Díaz como testigo, que según ella aportó detalles al periodo que compartieron el cautiverio con los desaparecidos en Arana que no serían reales. En ese sentido, afirma que le provoca el hecho de que gracias a ese testimonio Pablo Díaz aparezca como "el único sobreviviente" (Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006).

Según Alicia Carminatti, esa también sería su historia pues además de haber estado detenida junto a ellos, su secuestro insertase en el mismo cuadro de represión a los estudiantes secundarios que les atingió a los otros chicos. Alega que en realidad las fuerzas de seguridad buscaban a su hermano, Jorge Carminatti, que incluso era el responsable por Pablo Díaz en la JG. Ella cuenta que Jorge participaba activamente de la política estudiantil, que había se iniciado en las fileras de la JG, y que en el '76 era responsable de grupos de trabajo formado por chicos entre 15 y 20 años. Su casa entonces se transformó en un espacio para reuniones de los estudiantes secundarios, en un momento en que "estaba todo tan politizado". De su parte, caracteriza su participación como algo que crecía paulatinamente. Llegando a participar de actos pequeños, como volanteadas (Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006).

Podemos entender su inclusión como una sobreviviente de "la noche de los lápices" por haber sido lo que Pilar Calvero llamó de "víctima casual" de la represión: su secuestro se basaría en la creencia de las fuerzas de seguridad de que ella les pudiera servir para llegar al verdadero blanco del operativo, su hermano. Luego, Alicia Carminatti apunta que ella y su padre fueron torturados para que los represores de Arana obtuvieran algún dato que los llevase a Jorge (*Informe de Prensa de la APDH La Plata*, 12.11.03). No pretendemos así que su desaparición sea pensada como un ejemplo que le daría argumentos al "mito de la víctima inocente", sino que demostraría el objetivo de diseminar el terror de la represión durante la última dictadura, tanto en la sociedad en general, como en los entornos de los militantes:

> Es que además del objetivo político de exterminio de una fuerza de oposición, los militares buscaban la demostración de *poder absoluto*, capaz de decidir sobre la vida y la muerte, de arraigar la certeza de que esta decisión es una función legítima del poder. (…) Puesto que si bien el aniquilamiento físico tenía como objetivo central la destrucción de las organizaciones políticas calificadas como 'subversivas', la represión alcanzaba al mismo tiempo una periferia muy amplia de personas directa o indirectamente vinculadas a los reprimidos (familiares, amigos, compañeros de trabajo, etc.), haciendo sentir especialmente sus efectos al conjunto de estructuras sociales consideradas en sí como 'subversivas por el nivel de infiltración del enemigo (CALVEIRO, 2008: 45-47).

Ya en libertad, antes de irse a Australia en el '83, Alicia Carminatti trató de intentar comunicarse con Pablo Díaz, para contarle lo que le había sucedido. Pero afirma que él no sólo no iba a las citas que armaba, sino que

también tuvo una posición dura en relación a su hermano, confrontándole acerca de sus responsabilidades con lo ocurrido, por tener una posición más alta en la jerarquía de la organización, sobre todo si no se sentías culpado por estar vivo mientras otros compañeros estaban muertos o desaparecidos (Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006).

Quizás como marca de las respuestas personales que recibiera de Pablo Díaz, su testimonio de todos los que trabajamos es el único que apunta que el relato que él brindó tergiversaría la verdad en tres momentos. El primero, al apuntar que habría en Banfield una guardia buena, lo que según Alicia Carminatti sería un hecho imposible, en un centro clandestino como aquel, en la época de la peor represión en Argentina. El segundo, por él haber asumido actos que fueron de otras personas como propios, como, por ejemplo, la ayuda dada a un nacimiento ocurrido en el cautiverio. Por último, su despedida a María Claudia Falcone, lo que en realidad no habría ocurrido. Según Alicia Carminatti, para eso ocurrir, un guardia tendría que romper el esquema de seguridad máxima a la cual estaban todos sometidos, a parte que todos los detenidos tendrían que estar dormidos, o entonces hubieran escuchado a todo.

Es en este último punto creemos que está su mayor cuestionamiento al testimonio de Pablo Díaz, pues en su relato judicial es el momento de la despedida a María Clara que agrava el sentido de la injusticia vivenciada por los chicos desaparecidos y sella el pacto entre el sobreviviente y los que no vendrían a salvarse (RAGGIO, 2005: 121-122). Ese pacto le tornaría el testigo privilegiado de aquella experiencia, y legitimaría el deber de memoria asumido de siempre recordar a los chicos, y hablar por ellos. Así según *Clarín*, al salir del estrado judicial en el día de su testimonio en el Juico a las Juntas, repetía en voz baja emocionado, mientras las personas se acercaban para felicitarlo: “Me acuerdo de los chicos, nada más. Sólo de los chicos” (*Clarín*, 10.05.85).

Además, ese momento en la película es el clímax de uno de sus ejes narrativos: la creación de un romance entre Pablo Díaz y María Claudia para sostener el melodrama del principio al fin. Cómo vemos en la película, para los jóvenes del setenta el amor, así como los sueños, estaría “a la vuelta de la esquina”, pero sería imposibilitado precozmente por la irrupción de la violencia sin límites de la última dictadura, y por la situación límite a que fueron sometidos en el centro clandestino (RAGGIO, 2009: 64-66).

Luego, Alicia Carminatti cuestiona la inclusión de tales detalles tanto en el libro cuanto en la película, lo que demostraría que ninguno representaría “lo real” como fuera pretendido:

> Ahora esto a mí me conmociona primerio porque no es real, segundo porque no ocurrió, y tercero que está tergiversando y dando una imagen que no es cierta. Y a parte que está jugando con los sentimientos de los que no están. Estás usurpando a parte la memoria de los familiares de todos los chicos que no están, de toda la gente que está en Banfield. Y después que sabemos que Pablo no la conoció a Claudia Falcone, no entiendo entonces, de adonde viene la historia del romance, ¿para qué? Si se quisieron hacer una película, que si explique entonces en la película y en el libro con extractos de algunos sucesos en el Pozo de Banfield novelados, que tiene que ser así porque no es la historia, no son hechos reales, no se basan

> en hechos reales (Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006).

La que se silenció

A partir de los relatos surgidos en una entrevista con un grupo de sobrevivientes, ocurrida en el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), en el 2010, Lorena Balardini, Ana Oberlin y Laura Sobredo apuntan que la construcción de sus testimonios sufrió variaciones en las distintas etapas del proceso de busca por verdad y justicia. Con los Juicios a La Verdad llevados adelante a partir de fines de los ’90, observan que sus dichos pasaran a revalorizar más sus vivencias y puntos de vista, sin limitarse a hablarles por los compañeros que continúan desaparecidos. Así, según una sobreviviente: “Al principio hablábamos de los compañeros que habíamos visto con vida en el centro clandestino y que todavía estaban desaparecidos, después fue el tiempo de nombrar a los represores que pudimos reconocer, ahora es tiempo de hablar de cada uno de nosotros.” (BALARDINI et.al., 2011: 171).

Los testimonios que nosotros analizamos son ejemplos de relatos producidos en este marco: ellos nos sirven como documentos que nos permiten recuperar la experiencia, la perspectiva y los dilemas que forman la subjetividad de los tres individuos. (CARNOVALE, 2007: 161). Podemos percibir en cada una de las trayectorias los diferentes elementos que forman la subjetividad de un sobreviviente de los centros de detención clandestino en la Argentina, y las experiencias disímiles que muchas veces acaban igualándose al estar puestas en la categoría universal de “sobreviviente”. Lo que sí tienen en común son las huellas que la desaparición dejó en sus biografías como un “antes y después”.

En un marco en el cual no necesitan más probar los tormentos frente a los cuales fueron sometidos, o atestar haber visto a los chicos de “la noche de los lápices” en uno de los centros clandestinos, sus testimonios son una forma de poner en entredicho un relato consagrado acerca de sus propias historias. Luego, lo que percibimos es que a cada uno de ellos una de las piezas que forman tal narrativa le causa más inconformidad: a, Emilce Moler, su presentación como una “ausente” en el libro; a Gustavo Calotti, la creencia que se trató de sólo una noche de represión a los estudiantes; a Alicia Carminatti, la legitimidad de Pablo Díaz como único sobreviviente-testigo.

Notamos también la concordancia de que se trató de una narrativa producida posterior a los hechos, así posible de ser problematizada:

> Desde el momento en que no existió el hecho, ya que fue una reconstrucción, no hay criterios para decir quién fue parte de La Noche de los Lápices. Siempre me pregunté por qué yo no estaba dentro de ese criterio. ¿Había de ser estudiante secundario? Yo lo era. ¿En qué fecha había que ser secuestrado? A Pablo lo detuvieron el 21 de septiembre, a mí en la madrugada del 17. ¿La militancia? Yo militaba en la UES con todos los chicos, Pablo no militaba en la UES. ¿Había de ser menor de edad? Yo lo era y Pablo no ¿Por qué yo no era? (*El boleto fue secundario*, 2009).

Coinciden también en la defensa de que se trató de un relato importante en el marco de la transición democrática para poner el tema de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la más reciente dictadura cívico-militar en los espacios de discusión pública. Alicia Carmnatti apunta que fue un relato válido para que la gente conociera al "horror de la guerra sucia de los militares", abriéndose para una recuperación de los hechos negados por la dictadura, sean ellos reales o ficticios (Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006). Reconocen también que fue producida en un momento que "no se podía hablar de la militancia ni de la lucha armada", pues no había voluntad social de escuchar esos temas. Para Emilce Moler, de la manera que fue contada, nadie podía oponerse a esa historia (*Página/12*, 16.09.2006). Así Gustavo Calotti resume cuales fueron las razones que hicieron de esa historia un hecho emblemático y su importancia en aquel momento político y cultural:

> Creo que había que mostrar en algún momento la crueldad con la que actuaron los militares. No es casual que tomaron el hecho de los adolescentes. No hubiese repercutido tanto si tomaban el hecho de tipos que estaban directamente en la lucha armada y los representaban como tal. La gente no lo hubiera tomado de la misma manera. (…) Decir a una chica parturienta la secuestraban y esperaban a que llegara a término su embarazo y después la eliminaban para tomar su bebe, vos decís: pero eso ni los animales lo hacen. Hay hechos dentro de esta represión que marcan más que otros, y me parece que eligieron éste para crear esa conciencia, sensibilizar a la gente sobre hasta qué extremo llegó la dictadura. Por eso yo digo que en definitiva la película tiene su lado positivo. (*El boleto fue secundario*, 2009).

Por otro lado, ese reconocimiento trae para sus relatos personales un dilema: ¿cómo contar sus propias versiones, cuestionar un relato importante para la memoria de la dictadura, sin darles argumentos a aquellos que defienden que las narrativas acerca de las desapariciones se tratan de invenciones? Para los tres sobrevivientes, ese sería el principal condicionante de contarle públicamente su versión de los hechos: el riesgo de que se diga que no es verdad lo que ocurrió con los desaparecidos.

Más que buscar una verdad acerca del episodio conocido como "la noche de los lápices", nuestra intención en esta exposición fue demostrar que, aunque tenga un relato socialmente aceptado y cristalizado en la memoria colectiva argentina, "la noche de los lápices" es una memoria conflictiva, sobre todo para aquellos que se vinculan de alguna manera al episodio.

Un ejemplo de tal constatación es el hecho de que una de las sobrevivientes nunca ha contado en público su propia historia: Patricia Miranda. En nuestra investigación, ella siempre fue un desafío puesto a nuestra comprensión. Sobre ella encontramos apenas breve menciones en los testimonios a Memoria Abierta de Emilce Moler y Gustavo Calotti:

> Y ahí si en el recorrido, lo que no podía entender, fueron a la casa de otra compañera mía del secundario, Patricia Miranda, que nunca militó. Nunca militó, Patricia, pero ni siquiera era allegada. Ella siempre estaba conmigo haciendo las clases de

> Matemática, así que nada más. Ahí no entendía nada. Y Patricia estuvo dos años presa, se le murió su mama estando en Devoto, pidió permisión a ir al velorio y no la dejaron. Así que realmente fue terrible por Patricia (Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler,* 2006).

> Y Patricia es una chica que la levantan en una casa, con Emilce o con alguien más, había ido a estudiar. No tenía militancia, no tenía nada. Entonces como decimos se comió un garrón. Y cuando salió dijo "nunca más hablo ni mi meto". Y fue así. Y efectivamente es una chica muy consecuente, porque yo creo que nunca hizo ningún tipo de declaración. Ni denuncia de nada. No sé dónde vive, ni nada (Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calotti*, 2006).

Podemos así pensar que a Patricia Miranda le hubiera costado más la experiencia de la desaparición que a los otros sobrevivientes. Ellos posteriormente lograron dotarla de sentido y *reaparecieron* públicamente al contar sus historias. Por otro lado, ella sigue siendo para nosotros una desaparecida, acerca de la cual no hay datos públicos tanto de su historia previa a la desparición cuanto lo que le pasó una vez lograda la libertad. Sobre los que se silenciaron al fin de la dictadura, afirmó Emilio Crenzel:

> En el plano del testimonio, el desgarrador de este pasado ha hecho que muchas personas no estén dispuestas a dar testimonio, prefieren mantener su testimonio en el anonimato, prefieren que ciertas porciones de su testimonio no sean públicas porque este pasado sigue teniendo una serie de presencias que pueden llegar a comprometerlos (CRENZEL, 2011: 79).

A partir de su caso, sugerimos dos hipótesis. De un lado se puede pensar que el hecho de que su historia se torne parte de la memoria colectiva en la Argentina, no significa que individualmente ella pudo superar el trauma o comprometerse con esa experiencia pasada. Por el otro, silenciarse es parte de las elecciones de los sobrevivientes que una vez en libertad pueden decidir tornarse sobrevivientes-testigos o no. El desafío que se coloca para los que trabajamos con sus trayectorias es abstenerse para no hacer juicios de valores a cerca de su silencio, sino comprenderlo a partir de la polémica posición en cual se encuentran los sobrevivientes de los centros clandestinos de recuperación en las memorias del pasado reciente argentino.

Fuentes Consultadas

Testimonios en el Archivo Oral de Memoria Abierta:

Memoria Abierta, *Testimonio de Alicia Carminatti*, Buenos Aires, 2006.
Memoria Abierta, *Testimonio de Emilce Moler*, Buenos Aires, 2006.
Memoria Abierta, *Testimonio de Gustavo Calloti*, Buenos Aires, 2006.

Testimonios judiciales

Juicio a las Juntas, *Testimonio de Alberto Carminatti*, 10.05.85.
Juicio a las Juntas, *Testimonio de Gustavo Atilio Calotti*, 08.08.1985

Películas

La noche de los lápices. Direção: Héctor Oliveira. Argentina, 1986.
Los Irrecuperables. Direcção: Igrid Jaschek, Diego Díaz, 2006
El boleto fue secundario. Direção: Ignacio Alvarez, Julián Carabajal, Luciano Tejada, Federico Tártara. Argentina, 2009.

Periódicos

Clarín, 11.12.2003
El Día, 05.01.2013
El Monitor, nº14 (Disponible en: http://www.me.gov.ar/monitor/nro14/entrevista.htm)
Informe de Prensa de la APDH La Plata, 12.11.03
La Nación, 17.09.1996
La Nación, 11.09.1998
Página/12, 15.09.1998
Página/12, 21.09.2001
Página/12, 16.09.2006.

Bibliografía

AGUILA, Gabriela. **Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983: un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura.** Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008.

BALARDINI, Lorena; OBERLIN, Ana & SOBREDO, Laura. "Violencia de género y abusos sexuales en los centros clandestinos de detención". *In:* Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). **Hacer justicia: nuevos debates sobre el juzgamiento de crímenes de lesa humanidad en Argentina**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

CALVEIRO, Pilar. **Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina**. Buenos Aires: Colihue, 2008 [1998].

CARNOVALE, Vera. "Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina". *In:* FRANCO, MARINA & LEVÍN, Florencia. **Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción**. Buenos Aires: Paidós, 2007.

CARNOVALE, Vera; LORENZ, Fedrico; PITTALUGA, Roberto. "Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la construcción de un archivo oral sobre el Terrorismo de Estado en la Argentina". In: CARNOVALE, Vera (comp.). **Historia, memoria y fuentes orales**. Buenos Aires: CeDInCI Eds., 2006

CRENZEL, Emilio. **La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina**. Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

_____. “Memorias y representaciones de los desaparecidos en la Argentina, 1983-2003”. In: CRENZEL, Emilio (coord.). **Los desaparecidos en la Argentina: memorias, representaciones e ideas: 1983-2008**. Buenos Aires: Biblos, 2010
_____. “La democracia y los derechos humanos en Argentina a la luz de la historia del *Nunca Más*. *In:* ALONSO, Fabiana [et.al.]. **Justicia y derechos humanos en la construcción de la democracia.** Santa Fe: Universidad del Litoral, 2011.

Da SILVA CATELA, **Situação limite e memória: a reconstrução do mundo dos familiares de desaparecidos da Argentina**. São Paulo: Hucitec, 2001.

FALCONE, Jorge. **Memorial de guerralarga. Un pibe entre cientos de miles.** La Plata: Campana de Palo, 2001.

FRANCO, Marina. **El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura**. Buenos Aires: Siglo XXI Eds, 2008.

FORSTER, Ricardo. “Las ‘almas de los muertos’”. *In:* **Confines, nº4.** Buenos Aires, julio de 1997.

GARAÑO, Santiago. **Entre resistentes e irrecuperables. Memorias de ex presas y presos políticos (1974-1983).** Tesis de Ciencias Antropológicas con Orientación Sociocultural. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.

GONZÁLEZ BOMBAL, Inés. “‘Nunca más’: el juicio mas allá de los estrados”. *In*: ACUÑA, Carlos [et.al.]. **Juicio, castigo y memoria. Derechos Humanos y justicia en la política argentina**. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.

JELIN, Elizabeth. **Los trabajos de la memoria**. Buenos Aires: Siglo XXI Ed., 2002.
_____. "Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones". *In:* **Lucha Armada en la Argentina. Anuario**. Año 5, Buenos Aires, 2010.

JENSEN, Silvina. **Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura.** Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

KAUFMAN, Alejandro. “Notas sobre desaparecidos”. *In:* **Confines, nº4.** Buenos Aires, julio de 1997.

LONGONI, Ana. **Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión.** Buenos Aires: Norma, 2007.

LORENZ, Federico. **Combates por la memoria: huellas de la dictadura en la historia**. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2007.
_____. **Las Guerras por Malvinas**. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

NUÑEZ, Héctor R & SEONE, María. **La Noche de los Lápices.** Buenos Aires: Del Bosillo, 2011.

OBERTI, Alejandra. La memoria y sus sombras”. *In:* JELIN, Elizabeth & KAUFMAN, Susana G. **Subjetividad y figuras de la memoria**. Buenos Aires: Siglo XXI Ed., 2006.

OLLIER, María Matilde. **De la revolución a la democracia: cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina.** Buenos Aires: Siglo XXI Ed., 2009.

QUADRAT, Samantha Viz. "Da Argentina para o Brasil: de uma ditadura a outra". *In:* QUADRAT, Samantha Viz (org.). **Caminhos cruzados: história e memória dos exílios latino-americanos no século XX**. Rio de Janeiro: Editora FGV, 2011.

QUADRAT, Samantha VIZ & ROLLEMBERG, Denise. "Apresentação. Memória, história e autoritarismos". *In*: QUADRAT, Samantha & ROLLEMBERG, Denise. **A construção social dos regimes autoritários: Brasil e América Latina, volume II**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2010.

RAGGIO, Sandra. "Narrar el terrorismo de Estado. De los hechos a la denuncia pública: el caso de 'la noche de los lápices'". *In:* **Cuadernos del CISH.** La Plata, n. 17-18, 20005.
_____. "La noche de los lápices: del testimonio juidicial al relato cinematográfico". *In:* FELD, Claudia (comp.) [et.al.]. **El pasado que miramos: memoria e imagen ante la historia reciente**. Buenos Aires: Paidos, 2009
_____. "La construcción de un relato emblemático de la represión: la 'noche de los lápices'". *In:* CRENZEL, Emilio (coord.). **Los desaparecidos en la Argentina: memorias, representaciones e ideas: 1983-2008**. Buenos Aires: Biblos, 2010.

SARLO, Beatriz. **Tempo Passado: cultura da memória e guinada subjetiva**. São Paulo: Companhia das Letras; Belo Horizonte: UFMG, 2007.

VEZZETTI, Hugo. **Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
_____. **Sobre la violencia revolucionaria: memoria y olvidos.** Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

YANKELEVICH, Pablo. **Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983.** Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.